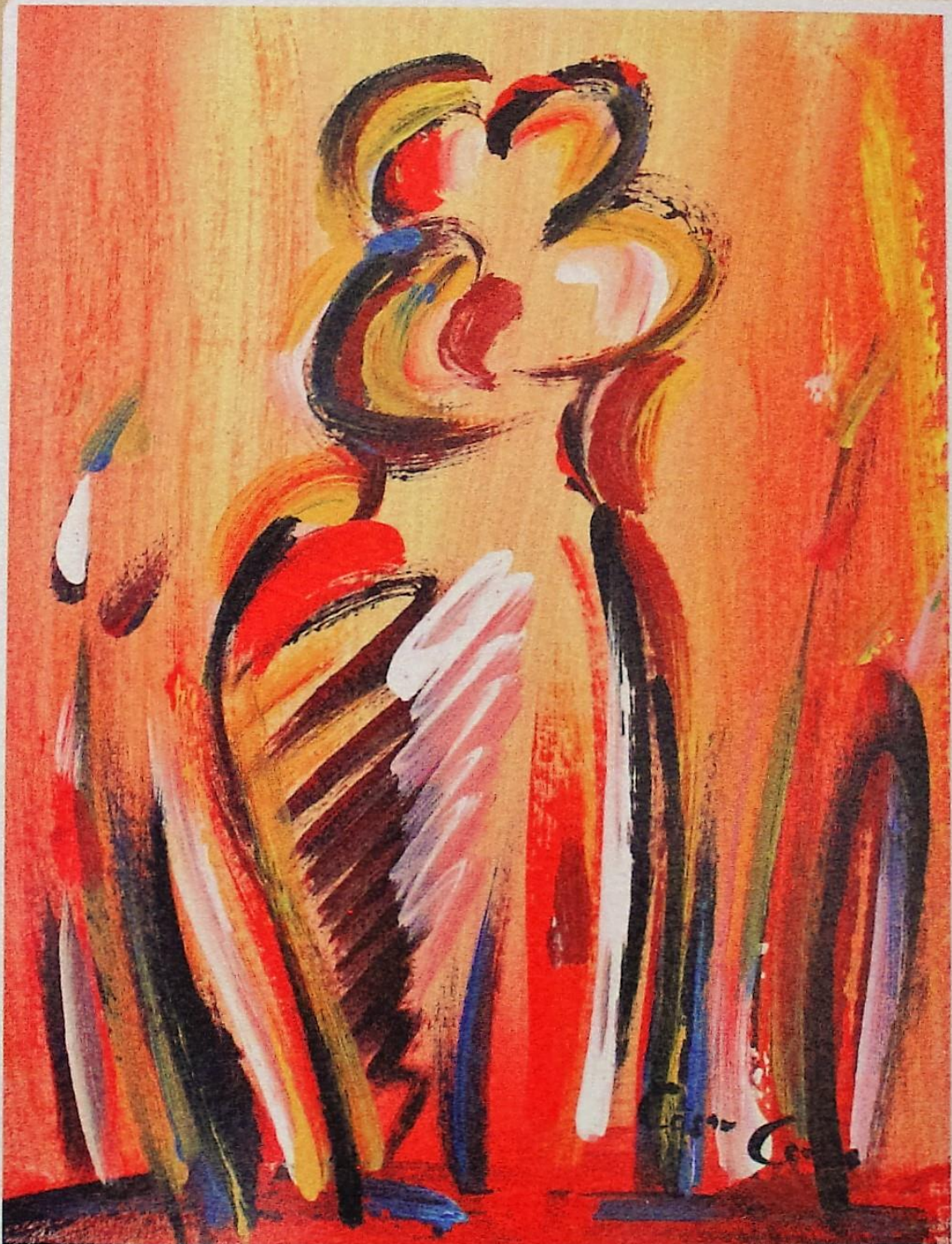


Diálogos

y algo más...

Maestros de la Dermatología Colombiana



César Iván Varela Hernández, MD



Jairo Mesa Cock
«Patica», «Psoriasis Mesa», «Mesita»

Piel y Creador

*Piel que ante arreboles contornea tu figura
Piel que a luz de luna exhala aroma de azahares
Piel que ante el supremo astro refleja tu pasión
Piel que entre las aguas destila tu belleza
Piel que ante la nieve protege tu existir
Piel que entre follajes despierta primaveras.*

*Piel que al consentirla imanta alrededores
Piel que al inspirarla despierta mil sentires
Piel que entre los labios vierte miel
Piel que ante los ojos enternece los mirares
Piel que al despertar entibia tu presencia
Piel que al dormitar acaricia tus sueños.*

*Piel que envuelve en manto majestuoso,
La corona y obra suprema del Creador.*

*César Iván Varela Hernández, MD
Dermatólogo, Santiago de Cali*

Manizales, 18 de julio de 2008

¡Ese hombre Alonso Cortés, es de lo más valioso que yo he conocido, no sólo como dermatólogo sino como un todo! ¡Con Heriberto Gómez, fuimos un verdadero candado de toda la vida!

Viajamos el 12 de julio de 2008 mi esposa Danielle y mis hijas Camila y Natalia, con María Delsy Rivera nuestra super-niñera, en la gratísima compañía de Margarita María Reyes Polanco, su esposo Carlos Penagos e hijos Valentina y Alejandro a la finca El Limonar, un lugar paradisíaco, en Santágueda, Caldas, que gentilmente nos prestó Clara Eugenia Jaramillo esposa de mi colega Jaime Holguín Rojas, a disfrutar diez días de descanso durante los cuales revisé algunos escritos de este libro, leí la extraordinaria obra *Winston Spencer Churchill, sus enfermedades y la medicina de la época* del Académico Ricardo Rueda González, y claro está, subí hasta Manizales para dialogar con mi admirado y querido amigo Jairo Mesa Cock. Allí, en el remanso de su hogar, su hospitalidad y la gentileza y alegría de su esposa Pilar, hicieron de ese día, un grato recuerdo.

Jairo nació en Medellín el 15 de junio de 1937 en el hogar formado por don Luis, comerciante, y doña Myriam, ama de casa (Foto 1). Como bue-



Foto 1. Jairo Mesa de un año, 1938



Foto 2. Jairo y María del Pilar. Matrimonio. 1973

nos antioqueños son seis hermanos, Jairo es el segundo. Dos hermanas, Lía que es religiosa y Beatriz ama de casa, y tres hombres, Darío químico industrial, Alfonso administrador de empresas y Aníbal médico patólogo. Los cinco primeros nacieron seguiditos como era la usanza paisa, y doce años después del quinto su mamá comenzó a sufrir de jaquecas horribles y el médico de la familia le dijo que el remedio era tener otro hijo, hizo caso de la prescripción

galénica... y ese es Aníbal. Es fácil entender porqué lo llaman cariñosamente: «Mejoral».

Jairo ¿Cómo está conformada tu familia? Yo fui muy «liso», hasta los 36 años... vivía de día y de noche hasta cuando conocí a María del Pilar Villegas Villegas, y allí terminó mi vida de parranda de soltero el 20 de julio de 1973 (Foto 2). La conocí en mi consultorio, me cautivó y quedé encadenado pero seguí mi vida de parranda... de casado, con consecuencias sólo personales: el alcoholismo, ya controlado, a pesar de la pro-

testa de la Industria Licorera de Caldas. Tuve hijas... dos bisagritas... de modo que quien tenga dificultad para conseguir las, estoy a sus órdenes... «garantizao y con papeles». La hija mayor



Foto 3. Jairo, Julia Inés, María del Pilar y Ana María

es Ana María, administradora de empresas y cautivada por cosas de la cultura, dirige la Emisora Cultural de la Universidad Autónoma de Manizales; la segunda es Julia Inés, médica dermatóloga de la Universidad de Caldas. Desde hace poco viven independientes pero en gran ambiente de familiaridad nos vemos todas las semanas (Foto 3).

Hablemos de los primeros años de tu vida ¿Cómo fueron la niñez y los primeros años de estudio? Mi infancia fue en el barrio Boston en Medellín. Me distinguí por ser buen estudiante y por deportista. Fui buen jugador de fútbol a pesar de mi «pata chueca»...secuelas de la poliomielitis, por eso donde más conocían a «Patita», era en el ámbito futbolero; el que me puso ese apodo fue el recién fallecido hombre de la radio Baltasar Botero Jaramillo, que era un año mayor que yo. Los curas salesianos del barrio Boston, muy mencionados por el escritor Fernando Vallejo en



Foto 4. Jairo. Primera Comunión. 1944

sus libros, porque él también es de ese barrio, tenían un colegio y todos los sábados programaban partidos de fútbol de cuya transmisión por altoparlantes se encargaba Baltasar. El apodo recorrió muchas canchas futboleras de Medellín y hasta apareció en el Atanasio

Girardot, no tanto como jugador de fútbol sino como hinchita furibunda del Atlético Nacional (Foto 4). En las festividades de los curas salesianos aprendí a conocer el acoso de los maricas, lo que también recorrió muchas canchas, pero yo tenía el contrato firmado con las percantas. No estudié con los salesianos sino en un colegio que se llamó El Ateneo Antioqueño... todavía tengo amigos de esa época... cada año entregaban la «copa del esfuerzo» al mejor alumno y yo me la gané varias veces... creo que por allí empezó lo de la «copa rota».

Fui alumno del Liceo de Bachillerato de la Universidad de Antioquia, y todo muy bien, hasta cuarto de bachillerato cuando me dediqué a aprender a jugar billar y perdí el año. Mi papá se preocupó mucho, me invitó a caminar por la carrera Junín y después de deambular por muchas cuadras, se decidió y me dijo: «mijo ¿usted tiene moza?» «Como se te ocurre papá si con lo

que me das sólo me alcanza pa' jugar un chico»... Se tranquilizó, le prometí juicio y terminé el bachillerato en 1954 lo que me produjo un trauma, pues no sabía cómo continuar... pa' las matemáticas era negao, de modo que nada de ingenierías, ni arquitectura que eran las carreras que se estilaban en la familia, pues todos mis tíos y primos, se fueron por ahí. La verdad es que yo era un gran memorista y tenía muchos datos en la cabeza pero mal sintonizados, por lo que en mi interior desconfiaba de lo aprendido en el bachillerato... me decía: «la carrera mía, es medicina, pero estoy seguro de que no paso, no entro». Y se me apareció la virgen...irme a pagar servicio militar. El premio que daban en esa época a los soldados bachilleres era el ingreso a una facultad libre de exámenes, eso fue un pepazo mío... ¿Sí o no? Entregué el año de 1955 al servicio de la patria y me gané la profesión para Jairo.

La vida de estudiante de medicina en la Universidad de Antioquia. Tildado de bolchevique

Jairo lo hizo bien, fueron años inolvidables para él y el paso por los claustros significó una transformación importantísima. Era hijo de una familia muy convencional donde primaban las tradiciones del paisa y en la universidad comenzó a conocer otras ideas e inquietudes. Devoró libros



**Foto 5. Jairo y
Dr. Jaime Sanín.
Grado Médico. 1963**

y conoció diferentes maneras de pensar que fueron para él más atractivas que las que le habían enseñado la sociedad hasta entonces. Hizo el curso de líder y como tal figuró varios años pero todo eso lo paró un decano, el doctor Oriol Arango Mejía (f), cuando des-

pués de graduarse y hacer el año rural negó su ingreso al programa de dermatología en la misma institución, por «comunista». Hoy todo eso le provoca risa, porque el balance es otro; afirma que «en esa época lo mismo que hoy, se tildaba de comunista o de loco, al que piensa distinto... al que no va pa' donde va la gente, al que se aparta de las reglas».

Los estudios médicos fueron desde 1956 hasta 1963 (Foto 5). Era una enseñanza tutelar de tiza y tablero, y de rondas clínicas en las salas con el enfermo al lado y con maestros que se entregaban a lo suyo. El hospital San Vicente de Paúl estaba compuesto por pabellones con nombres de santos. Había uno el San Roque y tenía un profesor que por «mamagallista y payaso», lo llamaban Rambal (nombre de un famoso circo). Todos los días le hacía una venia al santo, le quitaba un clavel al florero que le arreglaban las monjitas, le mataba el ojo y se lo ponía en el ojal

y en medio de risas y chascarrillos, les daba unas clases deliciosas y amañadoras. Así recuerda a la mayoría de sus profesores pues el antioqueño es simpático y prácticamente todos eran amistosos y además de enseñarles, bebían, fiesteaban y paseaban con los alumnos. Dice que el prototipo de su profesor fue el doctor Jorge Franco Vélez (f), autor del libro *Hildebrando*, que es la historia de un estudiante alcohólico en la Facultad de Medicina de la Universidad de Antioquia. Anota «Es uno de los mejores libros que yo me he leído en el tema... quien quiera conocer cómo era el ambiente universitario de esa época, no lo dude... consiga el libro y riase dos o tres días que es lo que se demora carcajeándose». En una ocasión fue con el doctor Franco a la población de Concordia en misión filantrópica de la universidad, pero comenzaron a beber a las cinco de la tarde y les cogió la noche, por lo que se quedaron a dormir allí. Al día siguiente el doctor Franco le envió un telegrama a la esposa que se quedó esperándolo en Medellín: «Mi amor... en discordia contigo, en Concordia con mis amigos».

Jairo, ¿cuáles fueron los maestros que marcaron tu vida, y tus compañeros? El maestro a quien nunca olvidaré y quien dirigió gran parte de la senda de mi vida de estudiante universitario y profesional de la dermatología, fue, es y será, Alonso Cortés Cortés... Alonso se fue a estudiar

a Ann Arbor, pero por lo que se supo, se fue a enseñar... cuando volvió a Colombia, allá dijeron que partía «el gran diagnosticador»... de modo que no es el programa, sino el material humano, el individuo; he conocido muchos autodidactas superlativos que no asistían a clases y sólo presentaron los exámenes, y otros como Estanislao Zuleta, que ni lo uno ni lo otro y hoy muchos lo consideran el filósofo mayor de Colombia. Mire a Fernando González, a Gonzalo Arango, a Galileo, a DaVinci y para bien o para mal, a Tirofijo o a Mancuso y muchísimos otros con quienes muchas veces nos equivocamos y llamamos locos... son y fueron autodidactas... Actualmente la tiza y el tablero los reemplazaron las bibliotecas, los periódicos, las revistas y a todo esto, la Internet. Me hace recordar la conocida trova cubana, La Masa «que cosa fuera corazón/, que cosa fuera/, que cosa fuera la masa sin cantera/...».

En mi vida tuve muchos más maestros a quienes reconocer y agradecer, pero para mí, lo mejor que le sucedió a mi vida fue haber tenido la oportunidad de conocer de cerca a Alonso, no sólo como persona, sino como ser humano... su honestidad... su sencillez... su bondad... su sabiduría... su tolerancia... su ejemplo; cuando hacíamos 4º de medicina, él había regresado de especializarse en Estados Unidos y no sólo a mí,

sino a muchos, nos atrajeron su personalidad y sus clases; Juan Pedro Velásquez, Flavio Gómez, Bernardo Giraldo y yo fuimos compañeros en la facultad, nos graduamos juntos y sé que los cuatro somos dermatólogos por la influencia de Alonso. Conoció nuestra afición y nos llevó de la mano; él tenía una consulta del Seguro Social al frente de la facultad y cuando atendía un paciente interesante, lo retenía allí y nos buscaba para enseñárnoslo; también nos invitó a participar en un Ateneo que hacían los maestros de la dermatología en Medellín.

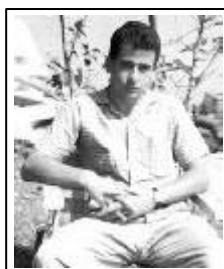
Yo vivía en un barrio de un sector cercano a donde vivía Alonso por lo que lo conozco desde antes de ingresar a la facultad. Recuerdo ahora que cuando Cortés se fue a Michigan le llegó a Gonzalo Calle un paciente calvo que quería solución a su problema, entonces Gonzalo que era muy serio pero tenía muy buenos tiros le dijo: espérese unos meses que está por llegar de Estados Unidos un chiras en calvicie; cuando Alonso regresó Gonzalo llamó al paciente y le informó, de modo que pidió cita con Cortés y al llegar al consultorio y verlo también calvo salió furioso a buscar a Gonzalo y lo insultó.

Después, con el pretexto de asistir a congresos en el exterior, viajamos con él a conocer la dermatología foránea y el mundo, de modo que con

Alonso no sólo supimos de la dermatología, sino también de la vida. Juan Pedro, Flavio y yo compartimos la amistad de Alonso con Víctor Cárdenas Jaramillo (f), «carepalo», senador, ex-alcalde de Medellín y de la barra de Jorge Franco Vélez, Stellita Prada y Gonzalito Gómez. Alonso vivió unos años en Alemania y fue nuestro cicerone en Europa, Asia y América. Alonso... todos sabemos que además de su integridad es un humanista y de eso mucho también nos enseñó. Recuerdo las visitas a hospitales y servicios de dermatología, museos, teatros, la vía romántica en Alemania, muchos kilómetros de la cultura medieval, corridas de toros, partidos de fútbol y correr las cañas, la orfebrería y el Greco en Toledo, el impresionismo, Manet, Monet, Renoir, Van Gogh, Picasso, Mardi Gras, la casa del té, los países y las costumbres comunistas, diamantes y la zona rosa de Amsterdam, como en cualquier sitio de Medellín. Alonso conoció en Estados Unidos y Europa a muchos de los dermatólogos famosos; en 1967 me llamó de Medellín y me invitó con Víctor Cárdenas a unos congresos en Munich y otro en Barcelona; alquilamos un carro y recorrimos muchos países de Europa donde fue nuestro guía por su facilidad para hablar tantos idiomas y la increíble capacidad de orientación. Recuerdo que su facilidad para los idiomas es tan grande que en Singapur de paso para Japón compró una cartilla de japonés

y se fue leyéndola en el avión, cuando llegamos a Tokio se defendía con lo que aprendió en el avión. Estuvimos también en España, Austria, Holanda, en fin, muchos países. ¡Ese hombre es de lo más valioso que yo he conocido, no sólo como dermatólogo sino como un todo!

Debo destacar que a todos los que formamos la camada anterior, especialmente a los formados en Colombia, nos tocó ver el paso de la dermatología empírica a la muy bien desarrollada y al día en los avances tecnológicos e investigativos de hoy. La dermatología de esa época, estaba saliendo de los tratamientos con mercurio y arsénico para la sífilis, del aceite de chalmugra para la lepra, de la inmersión en tinas con permanganato y los envoltorios con hojas de plátano para los pénfigos, los quemados, y el Stevens Johnson, el calomel para los piojos y el carranchil, la sacada de los dientes para la blastomycosis suramericana de las encías; recuerdo que nos tocó buscar gérmenes en ampollas de pénfigo, y que la emetina era uno de los tratamientos de las ampollas del herpes zoster y para su neuritis la tiamina, el alcanfor en los «fuegos», el mercurio y el bismuto para el cloasma, la pomada de Withfield, el azufre y el vioformo para las tiñas, el formol para las hiperhidrosis, el Goeckerman con alquitrán de hulla para la psoriasis y el uso de infusiones de brevo y de raíz de mango para



**Foto 6. Jairo.
Rural en Nare
1963-1964**

el vitiligo; las aguas sulfurosas de los termales para seborrea y psoriasis, el jabón de tierra y el DDT para los piojos, la sulfaplatá y la bota de Unna para las heridas, la gentamicina para las piodermitis y el cloramfenicol para la gonorrea, la criocirugía para los angiomas o cualquier tumor de la piel. Desde que me

conozco en la dermatología, se usa el electrofulgurador y para mí, ni el Ellman ni la crio, ni el láser, lo han reemplazado... tal vez, se puede cobrar más...

Doctor Mesa ¿dónde hizo la medicatura rural? Me tocó en Puerto Nare a orillas del Magdalena (Foto 6). Era un pueblo sin acueducto, luz, alcantarillado, ni teléfono; el agua para cocinar, la sacaban del río Magdalena, el inodoro de Colombia, en latas de manteca usadas y las vendían casa por casa a 50 centavos; era un pueblo de pescadores amibiásicos, hacía seis años no le llegaba un médico. Yo salí de la facultad con una cara de niño que no me ayudaba y con la palanca de un tío, me conseguí ese moridero... al pueblo había que llegar en lancha por el río desde la estación del ferrocarril en La Sierra. Cuando llegue al puerto todo el pueblo estaba en la orilla esperando al médico; me bajé de la lancha sin

que nadie se percatara, pasé entre el gentío y nadie me volteó a mirar; me fui al puesto de salud que estaba solo y cuando la enfermera llegó del puerto, casi se va de pa' atrás cuando yo le dije que era el médico, me tuve que dejar crecer el bigote. Marina, la enfermera, por ahí de cincuenta años y aún era pizpireta; una tarde antes de empezar consulta, me dijo. «Doctor Mesa le voy a pedir un favor, deme una recomendacioncita para llevar al Servicio de Salud de Antioquia, a ver si me suben el sueldo»; con mucho gusto Marina -le dije- ... muéstreme su currículo y yo le escribo la recomendación... se puso colorada, miró pa' todas partes, empezó a desfallecer y me dijo: «doctor, yo le muestro lo que quiera, pero cierre esa ventana»... no te imaginas cómo fue su desconsuelo y su tristeza cuando le expliqué lo que era un currículo «cómo así doctor... se tiró en todo... ¡yo toda ilusionada!». Otro día llegó un barrigoncito del pueblo al puesto de salud, por ahí de tres cortos años: «doctor... que aquí me manda mi mamá a ver usted qué me manda pa' esta cagadera que tengo»... Marina muerta de la risa y yo con cara de serio y de maestro de escuela le dije circunspecto: «mijito... no diga cagadera, diga que tiene diarrea, que tiene cursos, que tiene pluma, que tiene soltura, pero no diga cagadera que eso es feo»... el niño me miraba atento y Marina entre asombrada y burlona; ahora sí mijito -le dije-

DOCTOR JAIRO MESA COCK

¿de qué color es lo que tienes?... «pues de qué color va a ser doctor ¡del color de la mierda!»; entonces le dije a Marina que me pasara la regla y ahí fue otra confusión que mejor ni te relato.

Estuve año y medio en Puerto Nare, donde abundan las serpientes, pero a la gente que ellas muerden no la llevan al médico «ese no sabe de eso... el que sabe, es el curandero»; la mayoría de las serpientes no son venenosas y si a alguien lo muerde una venenosa y se muere -decían en esa zona- que con ese muerto, el curandero está pagando los diezmos por los que salvó... (en todo lugar el vivo vive del bobo). Con los pescadores hice buenas migas y me enseñaron lo que es comerse un sancocho de bocachico y beber tres días seguidos; en las mujeres de ellos aprendí a poner los fórceps y a hacer «raspados uterinos». En el pueblo había un viejo equipo de anestesia con trilene que se lo tuve que poner a una señora para hacer mi primera cesárea y despertó a los cinco días, toda monda y lironda, pero cuando comenté el cacharro con mis amigos anesthesiólogos en Medellín, me pegaron el gran regaño, «¡Bruto! Trilene es supertóxico y no se usa desde el siglo pasado». Creo que hoy se ha perdido o ha cambiado parte de esa cultura, mas eso no es privativo de Colombia, hace unas semanas leí en la Scotch Letter en el British Journal of Dermatology y en el JAAD noticias

de este talante: en Estados Unidos a un paciente con psoriasis, como terapia, le amputaron los cuatro miembros; las consultas a las terapias alternativas y bioenergéticas allá y en Gran Bretaña son similares a las nuestras, y también, como sucede aquí, la mayoría son hechas por individuos de buen nivel cultural y económico. En Puerto Nare todo el mundo andaba con pulseritas de chochos para evitar el mal de ojo; un médico de un pueblo vecino con el que me reunía a «raniar» no se la quitaba; la medicatura rural me hizo desear con más ahínco ser dermatólogo, pues las experiencias con niños y maternas me parecieron traumáticas y yo quise algo más reposado... es cosa sabida que al dermatólogo no lo llaman de noche, nadie se muere de eso, los pacientes no se alivian, pero vuelven donde uno porque esas roñas son muy feas y pican, etc.

¿Por qué llegó a Manizales y cómo fueron los años de residente en dermatología? Senté reales en Manizales, por la bondad del doctor Gonzalo Calle, Jefe del Servicio de Dermatología en la Universidad de Antioquia, quien al saber que no me habían recibido allí, me dijo: «andate pá' Manizales». Me comunicó con su ex alumno, el querido y recordado dermatólogo doctor Heriberto Gómez Sierra, que después de terminar su residencia se trasteó para acá; yo lo conocía mucho desde la infancia porque también era del

Barrio Boston, inolvidable Heriberto... cascarrias, superinteligente, bondadoso y recto; me acogió como su residente y me orientó en el servicio que él creó y que sólo llevaba un año funcionando; nos volvimos dos hermanos; su muerte me dejó innumerables recuerdos y un agradecimiento infinito. Fui el primer residente de la Universidad de Caldas y me gradué como dermatólogo en 1968. Heriberto consiguió que me nombraran docente y arranqué a ayudarlo en el servicio; por esa época regresó a Manizales de Estados Unidos, el doctor Bernardo Giraldo Neira, especializado en dermatología y alergias, quien también se nos unió a estudiar y enseñar dermatología de día, y Heriberto y yo, a tomar aguardiente de noche y muchas veces también de día, especialmente cuando nos visitaban Víctor Cárdenas de Medellín o los dermatólogos Adolfo Ormaza, Bernardo Marín y Nelson Giraldo de Pereira y Cali. Éramos cinco los dermatólogos en Manizales con Gonzalo Botero y Fabio Rivera Álvarez, el «cabezón» que después se fue a Armenia y Bogotá. Mantuvimos siempre contacto con todos los colegas de las otras ciudades.

Heriberto creó un servicio con dos oficinas, doce camas, un laboratorio de micología y otro para alergias de piel y respiratorias atendido por Bernardo Giraldo, donde se hacían pruebas de parche y él traía las vacunas de Estados Unidos,

una tina, una lámpara de luz ultravioleta y una sala pequeña para hacer biopsias y cirugías. El Hospital contaba con laboratorio de Anatomía Patológica atendido por los doctores Aquileo Asmar, costeño de Salamina (Bolívar), muy querido por todos los que lo conocieron y que se hizo en Antioquia al lado del profesor Correa Henao; Hernán Estrada, patólogo manizaleño formado en Estados Unidos, Jaime Arango Arango, patólogo manizaleño, autodidacta, César Gallego, y otro de mis grandes amigos de día y de noche el doctor Roger García Tobón, formado en Estados Unidos. Todos eran patólogos generales y Heriberto era negado para la histología, le producía náuseas, de manera que lo que aprendí de eso, fue prácticamente por mi cuenta con las enseñanzas de los libros de Lever y Ackerman y solidificado muchos años después, con los refuerzos del reconocido dermatopatólogo, Felipe Jaramillo Ayerbe cuando se incorporó al servicio. Después de mí hizo residencia Josefina Danies que también nos acompañó en el Servicio por unos siete años y hace unos cuatro años se fue a vivir a Bogotá con su familia; se casó con el internista y decano el doctor Carlos Nader. Felipe Jaramillo es egresado de la Universidad Nacional e hizo dermatopatología en Nueva York con Ackerman, un día en un meeting de la Academia Americana, se acercó a mí y expresó su intención de venir a trabajar a

DOCTOR JAIRO MESA COCK

Manizales al terminar sus estudios, así fue, y posteriormente luego de la jubilación de Heriberto fue nombrado Felipe como Jefe hasta la fecha, él es un hombre muy capaz y muy bien preparado. Hoy el servicio ha graduado a más de treinta dermatólogos que ejercen con excelencia en Manizales y otras ciudades.

El apodo de «Psoriasis Mesa» lo recibí en aquella época cuando vine a Manizales, participé en muchos torneos de fútbol y cualquier colega que sabía de mi enfermedad y se me hacía muy aparente cuando bebía... era mi termómetro etílico, me puso el apodo; una vez quedé goleador en un torneo y entonces todos decían, allí viene el goleador «Psoriasis Mesa». Después me comenzaron a llamar «Mesita» todos mis amigos, el único que no me llamaba «Mesita» era Heriberto; con él fuimos un verdadero candado de toda la vida.

Aprendí una dermatología fundamentalmente clínica y clásica, no había el auge que ha tomado la cosmetología, ni nunca me interesé por hacerla; recuerdo que lo primero que vi en este sentido fueron los peelings y el relleno con zyderm, pero esas prácticas no me entusiasmaron y quienes hacen esa disciplina dermatológica merecen todo mi respeto y admiración pero lo mío va por otro lado; yo me desbarato por cono-

cer la patogenia y las explicaciones científicas de los fenómenos en las enfermedades, y para mí estudiar eso ha sido muy gratificante intelectualmente, conocer cómo se explican molecularmente hoy, misteriosas cosas del ayer, los pénfigos, los penfigoides, el lupus, la inflamación, la necrólisis, el SIDA, las erupciones por drogas, etc. y cómo puede hacerse prevención; en fin... me conmueven el qué, el cuándo, el cómo y el por qué.

El primer congreso organizado por la naciente Sociedad de Dermatología al que asistió el doctor Mesa fue el VI en Medellín, donde había menos de sesenta colegas. Todas las charlas eran magistrales y discusión de casos interesantes. Se presentaron, por ejemplo, los estudios sobre lepra y prurigo actínico de Fabio Londoño y María Mélida Durán, de micología, sífilis y carate de Alonso Cortés, Ángela Restrepo y Mario Robledo, y de vitiligo, fotobiología y trasplante de pelo de Rafael Falabella, Jaime Betancourt, Antonio Torres y Carlos Escobar.

¿Cuáles son los cambios más significantes que observas en la educación actualmente? El cambio más notorio en la práctica en nuestros días se debe a la Ley 100; para mí, esto creó una sombra en la dermatología, muchas de las enfermedades desaparecieron de los consultorios

y se quedaron en las EPS en manos de médicos generales sin la preparación especializada, constreñidos por las reglas del sistema; creo que hay una falsa realidad en la epidemiología de las dermatosis en Colombia. Las entidades deben permanecer, porque ningún fenómeno ha ocurrido para su desaparición, simplemente creo, que estas condiciones están ahí, pero sin diagnóstico; los dermatólogos que trabajan en ese sistema infortunadamente y sin darse cuenta, corren el riesgo de «epeisarse»; recientemente en un Ateneo del Eje Cafetero, nos preguntamos qué pasa con la lepra que no la volvimos a ver, muy simple, estos pacientes están en las EPS, sin diagnóstico. Si el dermatólogo clínico de Colombia hoy no se encuentra vinculado a sitios de docencia, está condenado a olvidar lo que aprendió. Esa es una de las razones por las que he tomado a pecho la Página Web de Asocolderma, para hacer educación continua y que no olvidemos la patología clásica. No he visto un solo paciente proveniente de EPS, porque esa práctica médica va contra mis principios; siempre he creído que entre el paciente y el médico no deben existir intermediarios particulares y el estatus que he logrado me permite darme ese lujo; lo digo así, porque otros dermatólogos tienen circunstancias diferentes que entiendo y respeto. Además el modernismo hizo perder cosas bonitas de la medicina. Se practica

el culto al cuerpo lo que no es mi propósito dermatológico; siempre he considerado sano envejecer naturalmente, será porque soy curioso que me parece que las prácticas modernas en estética no demandan mayor esfuerzo intelectual, y a mí me gusta echarle cabeza a las cosas y por eso entendí la dermatología como el estudio de las enfermedades de la especialidad y sus intrincados descubrimientos... todos somos diferentes.

¿A qué te dedicas profesionalmente en la actualidad? Estoy jubilado desde 1994, pero como quiero la dermatología, me casé con ella y la estudiaré hasta el fin de mis días simplemente porque me gusta, asisto tres días por semana a mi consulta privada. Los jueves en la mañana hacemos el Club de Revistas que desde 1965 inicié con Heriberto y a los dos años se unió Bernardo Giraldo, de modo que con él cumplimos el año pasado en 2007, cuarenta años de estar realizando el club y por eso lo celebramos; nos acompaña también Carlos Corrales, y el último jueves de cada mes además con la doctora Gloria Fátima Osorio, patóloga con la que hemos aprendido mucho; nos seguimos reuniendo en el consultorio de Heriberto donde ahora está el hijo (Foto 7). Asisto también al Ateneo del Eje Cafetero. Pero la principal dedicación en el presente es la actualización de la Página Web



Foto 7. 40 años Club de Revistas. Jairo Mesa, Bernardo Giraldo, Gloria Osorio y Carlos Corrales

de Asocolderma durante la cual he hecho y fortalecido muchas amistades. Y no puedo pasar por alto a tu esposa Danielle Alencar-Ponte y a ti César Iván y nuestra estrecha amistad, que por tu afición a la historia y sobre todo

a la de la dermatología colombiana, has abierto un sendero que por fortuna con tu ejemplo, manejo y empeño, no dejarás pasar por alto los acontecimientos de la especialidad. César Iván, haces un trabajo macizo para la posteridad y me siento orgulloso al saber que puedo contar contigo para cualquiera de las cosas que demande una verdadera amistad.

¿Qué satisfacciones te ha dejado la dermatología? Fundamentalmente, disciplina. He tenido dos grandes satisfacciones y si me acuerdo de alguna otra también te la acomodo, pero la más grande, es haberme realizado educacionalmente. Yo he sido un fanático por la educación médica en el medio en que me tocó vivir y ello se ha reflejado fundamentalmente en la formación de un grupo de dermatólogos, que trabajan en diferentes partes de Colombia, y que pasaron por

mi fiscalización y ayuda en un período en la Universidad de Caldas, desde 1968 hasta 1994, y la mantengo a través de la Página Web; otro aspecto que me deja satisfecho es haber congeñado, haber conocido y considerarme afortunado amigo de muchos de los dermatólogos.

Jairo, ¿y a qué otras actividades te dedicas? Yo soy un gran lector de otros temas; ahora mismo leo *La vida eterna* que es filosofía, y por supuesto la historia, por eso me encantan tus libros. En ese momento Jairo me obsequió *Reminiscencias de la Colonización Antioqueña. El Último Encomendero* de Luis Eduardo Gallego.

Me gusta mucho enterarme de lo que pasa en la vida política y leo sobre eso. También sobre la música que siempre me ha gustado mucho, pero no sólo la música clásica sino que me gusta el tango, la salsa y las rancheras; con Heriberto fueron bambucos y pasillos, lo que si no hago es tocar instrumentos, soy negado para eso aunque intenté la guitarra, y mis hijas son enfermas por la música.

Entonces los campos que me gusta leer aparte de la dermatología son la historia, la filosofía, la geografía que me conozco la de todo el mundo más o menos bien, y las artes. En las madrugadas asisto a buenas películas.

DOCTOR JAIRO MESA COCK

Los años entre el destilado de caña. De copas, placeres, razones psicogenéticas, tenacidad y triunfo

En Medellín era costumbre sacar las sillas a la calle para tomarse unos aguardientes como también en los graneros de las esquinas; pero mientras el doctor Mesa vivió allá hasta 1965, no tomaba licor, cuando se radicó en Manizales, por cualquier razón o por diversas, se inclinó ante las copas. Lo cuenta con la naturalidad que sólo los grandes hombres, como él, serían capaces de hacerlo y como ejemplo de una lucha titánica de la que salió airoso que pueda servir de ejemplo al lector que viva circunstancia similar. Al final de cuentas, él es el único culpable y también él, el único triunfador.

«Me vine para acá, pero a ver, te quiero hacer la salvedad -la culpa de todo eso, es toda mía, eso no es de nadie, es una decisión mía no inducida por nadie, quizás por esas razones psicogenéticas que dan algunos-. Bernardo, Heriberto y yo formamos un consultorio que llamamos Instituto de Alergia y Dermatología al que asistíamos por la tarde luego de terminar las consultas en el hospital y en los consultorios, y al salir de allí con frecuencia íbamos al Club Manizales y tomábamos un traguito, y luego nos íbamos cada uno para su casa. De un momento a otro y no

recuerdo bien cómo fue el tránsito de las cosas... yo empecé a tomar trago por las mañanas. En ese entonces nos íbamos los fines de semana con mi señora para la finca de su papá, inicialmente llevaba una botella para los tres días, pero ya después una para cada día, y más adelante no alcanzaba y tenía que comprar más, y casi todo era bebido por mí. Pasé así unos diez años hasta que me vi un día afeitándome y tomándome un trago de aguardiente. Pilar me hizo caer en la cuenta y me dijo que yo estaba bebiendo mucho y que debía tener un problema; mi reacción fue un poco grosera y como de rechazo a creer que podía tener una situación de alcoholismo. Yo nunca acepté que tenía problemas con el licor porque si algo me gustaba era el ambiente que me rodeaba cuando bebía, me reunía con una serie de amigos y no me arrepiento ni un minuto de esa mala vida pasada, pues la disfrutaba. Pero en algún momento recapacité y pensé ¡Esto me está cogiendo ventaja! Bebía también por la tarde y por la noche cuando llegaba a la casa, y al día siguiente reiniciaba. Muchas veces me tomé unos tragos con Víctor Cárdenas que venía desde Medellín a visitarnos. Un sábado mientras almorzaba con Heriberto y Víctor les dije -esto me está cogiendo ventaja, me voy a hacer un tratamiento- pero no, no lo hice. Más adelante mis amigos Roger García y Guillermo Hurtado, ingeniero, el que estaba aquí

cuando llegaste, cada uno por separado me hicieron caer en la cuenta de la situación. Intenté en ese entonces tres veces dejarlo y hacer tratamientos. Estuve en Fundar en Bogotá en los años 1980, me recibieron muy bien y vine a ver en realidad lo que es esa enfermedad; permanecí un mes allí y salí de allá muy bien informado, recuperado y desintoxicado, con muchas intenciones de no beber pero con muchas ganas de hacerlo.

Fue muy difícil, hice mucho esfuerzo por no beber más; pero un día, entré a un bebederito muy rico, lo pensé mucho y finalmente pedí un aguardiente y allí tuve la primera recaída y volví al mismo punto de antes; tuve varios intentos de recuperación, tres o cuatro, y así estuve varios meses hasta que la última vez que recaí, me quedé solo aquí en la casa, fue muy difícil, pasé unos ocho meses, bebía todo el día, aunque nunca abandoné el trabajo, ni la lectura, ni el estudio. La rutina era acostarme a las once de la noche muerto de la perra, levantarme a las dos o tres de la mañana y sentarme aquí en este estudio donde estamos; yo estaba consciente que si volvía a beber eso me llevaría a la tumba, al manicomio o a la cárcel, pues el alcohólico no tiene otra opción, entonces me sentaba aquí a reflexionar y a hacer un gran esfuerzo por no beber pero luego de una hora me entraba una ansie-

dad enorme, le hacía pereza y fuerza y finalmente pensaba... si me tomo uno se me quita esta bobada y me sentiré mejor; en efecto, abría la botella, bebía, me arreglaba y me iba al hospital a cumplir con mis labores. Al terminar, el tiempo volvía a ser mío y por supuesto a beber, y así todos los días. ¿Por qué paré de beber? Porque un 15 de junio en que cumpla años, estaba aquí solo en la casa cuando llegaron Pilar y mis hijas a hacerme un almuerzo, tuve un síndrome de supresión que tuvieron que salir conmigo para la clínica y allí permanecí dos meses; me recuperé del todo y me puse a pensar que lo que debía hacer era tomar conciencia y aceptar. El psiquiatra me recomendó irme fuera del país, pero no, decidí que simplemente no podía beber más y así fue hasta hoy. Tengo la plena conciencia como el diabético que no puede probar azúcar, que yo no puedo probar el licor, y listo.

¿Jairo: sientes ahora deseos de beber? Ya no, ya no, en lo absoluto, lo dejé y aquí estoy, yo asisto a reuniones y tomo sólo tinto, ya todo el mundo sabe, yo nunca oculté que bebía. Mira que eso no incidió en mi trabajo, la gente sabía que bebía pero la gente confiaba en mí como profesional. Inclusive cuando dejé de beber, volví a frecuentar el grupo de amigo del juego de billar de los viernes, pero entonces nadie bebía por temor a que yo recayera hasta que un día

les dije: dejen la bobada, beban tranquilos que yo ya no tengo ese problema. Allí caí en la cuenta de lo cansón que es un borracho, así debía ser yo, escupiendo a la gente, hablando bobadas, repitiendo cuentos, riendo sin motivo. La situación en la casa se normalizó pues Pilar y mis hijas volvieron y en ese sentido he sido muy de buenas; nunca tuve problemas con la justicia, ni con nadie. Tampoco afectó mi estudio, por el contrario siempre seguí estudiando y al dejar el trago lo cogí como muletilla, estudié mucho más. Yo me enamoré de la dermatología, y así, al dejar el trago pensé... si estoy atrasado me voy a poner al día y seguí con mayor entusiasmo. La circunstancia de la Página Web me obliga a mantenerme actualizado y con la capacidad intelectual para seguir aportando.

Yo no sé a qué atribuir que no sufrí deterioro mental con el trago; quizás a que me encanta estudiar y a que de un momento a otro después de muchos años llegué a la conclusión que la dermatología había que entenderla diferente a como me la habían enseñado, y se me empezaron a abrir las entendederas pues la forma antigua era memorista; creo que fue un error del sistema de educación, pero de un momento a otro quizás por la misma evolución de la dermatología que dejó de lado el empirismo para dar paso a la investigación como tú lo señalas bien

en el libro de la *Historia de la Dermatología en Colombia*, me contagié de eso, de entender la dermatología de otra manera. Cuando empecé a estudiar dermatología no existía la inquietud dermatopatológica, ni inmunológica, y menos la investigación, que cambió a partir de 1975, y a unos de los que les cabe el mérito de inculcarla son Rafael Falabella y Carlos Escobar desde Cali. En mis inicios en la dermatología los patólogos aquí consideraban todo como dermatitis crónica inespecífica, no se podían integrar los cuadros con la clínica, pero en un momento me emocionó darme cuenta que la dermatología tenía un sabor distinto a la mera clínica, fundamentalmente la etiopatogenia; me entusiasmé y me dediqué a reestudiar la dermatología; lo que persigo es reafirmarme y conocer lo que descubren e investigan otros y ser capaz de entenderlo, de modo que para mí quedó todo reducido a conocer las cosas desde la profundidad y no desde la superficie como hacíamos antes. Disfruto el estudio y quiero a través de la Página Web transmitir esa emoción para que los más jóvenes se contagien de ella y entiendan mejor las cosas. Creo que la Página se convierte en una excelente herramienta de estudio, seguiremos yendo a congresos y reuniones pero el secreto del estudio va a estar allí en la Internet. Desde que me metí en ese cuento, no volví a comprar libros, los que tengo son antiguos. Paso horas leyendo en

la Internet y ojalá quienes aún no lo hacen, se decidan y lo hagan. Iniciamos la Página Web con dos visitas mensuales y en el momento tenemos veintidós mil visitas, entonces me siento muy satisfecho de poder conducir esa inquietud y conocimiento. Simplemente ese entusiasmo y cariño por la dermatología, me ha mantenido en cierta forma.

Jairo, ¿qué cambiarías en tu vida? Nada, absolutamente nada, no me arrepiento de nada, alguna vez me preguntaron ¿Si usted volviera a nacer repetiría el alcoholismo? Y respondí, sí. Creo que he actuado de acuerdo con mis principios. Y en los últimos años me dediqué a vivir yo con yo. Llegó un momento en mi vida en que me fui dando cuenta de lo poco atractivo que era seguir viviendo cosas fingidas ante la sociedad, desempeñando el papel del buen esposo, del buen padre, del buen familiar, del buen amigo que contamos con él para todo, entonces me alejé de convencionalismos sociales, muchas cosas me fueron pareciendo superfluas y aprendí a disfrutar mis propias cosas; yo paso muy bien con lo mío, con mi estudio, con mi computadora con la que logro socializar todo lo que quiero y hablo con mucha gente. Te repito, la culpa de todo en mi vida es sólo mía.

Sí Jairo, es cierto, pero diáfano es también que

sólo tú eres el responsable del triunfo en tu vida y que con seguridad se mantendrá hasta el último día, ojalá lejano... desde luego, siempre y como ha sido, con el apoyo, cariño, comprensión, afecto, respeto y admiración que tu familia



Foto 8. Jairo Mesa, esposa, hija, hermanos y el autor. Bogotá. 2004

y amigos que te queremos a rabiar te hemos ofrecido y ofreceremos por siempre (Foto 8); nadie como tú para merecerlo más; eres más que aquel gran hombre y amigo en cuyo abrazo fraterno encontramos paz y luz.

Después de tomar un aromático café con pandebonos que gentilmente nos ofreció María del Pilar, Jairo me acompañó hasta el lindo e interesante eco-parque Los Yarumos, donde pasaron gran parte del día mi familia y la de Margarita. Danielle y las niñas querían saludarlo una vez más, y Margarita y Carlos querían conocerlo por todo lo que me habían oído hablar de este gran amigo, a quien guardaré gratitud perenne pues está siempre presente, y de manera muy especial porque sigue paso a paso los caprichos de mi salud en los últimos años; en los momentos más difíciles, allí está él con su llamada telefónica para reforzar mi optimismo, para reírnos de las maravillas de la vida, de los placeres y de sus



Foto 9. César Iván y Jairo. Manizales. 2008

encantos, y claro está, para agradecer a Dios en la seguridad que muchas, muchas veces más, nos reuniremos. De regreso en su casa, nos confundimos en el abrazo sincero, cargado de nuestra bella amistad (Foto 9).

Jairo deja esta frase para todos: «Para mí mismo, vivo atento por respetar y tolerar al otro... procuro mantener presente la oración de la serenidad...»:

*«Oh, Dios, dame valor para cambiar lo que
puedo cambiar, serenidad para aceptar lo
que no puedo cambiar y sabiduría para
reconocer la diferencia»*

